

Juan José Cresto

**La política internacional
del Presidente Frondizi
a través de sus viajes
al exterior**



ÍNDICE

PRÓLOGO	5
1 INTRODUCCIÓN	7
Los viajes al exterior, una forma moderna de política	7
2 LA VIDA DE UN CIUDADANO	25
Infancia y juventud	25
Abogado y político	28
Diputado y parlamentario	34
El dirigente de partido.	38
Sus ideas sobre política exterior	38
3 LA POLÍTICA INTERNACIONAL ARGENTINA ANTES DE FRONDIZI Y SU AISLAMIENTO (1930-1958)	45
a) Los Estados Unidos y Europa	45
b) La realidad latinoamericana	64
c) La guerra fría	68
4 LA SITUACIÓN INTERNACIONAL DURANTE LA PRESIDENCIA DE FRONDIZI	75
El panorama político internacional	75
La Comunidad Económica Europea	76
La Alianza para el Progreso	79
La Asociación Latinoamericana de Libre Comercio	81
5 VIAJES DEL PRESIDENTE ELECTO	85
Frondizi, electo	85
Argentina y Uruguay	86
Argentina y Brasil	88
Argentina y Chile	94
Argentina y Perú	95
6 FRONDIZI PRESIDENTE	101
Mensaje y programa	101
Su gabinete	101
Programa de gobierno	102
7 LA POLÍTICA EXTERIOR DE FRONDIZI SUS IDEAS, SU PROBLEMÁTICA INTERNA	105
Brasil, Cuba y la guerra fría	105
Otros aspectos de su política exterior	127

Mercado Común Europeo	128
Política Comercial	129
Diferencias de fletes	130
Supresión de aranceles	131
Distinciones, una cara de la política exterior	131
Chile	131
República Árabe Unida	132
Honduras	132
Uruguay	133
Sesquicentenario de Mayo	133
Bolivia	134
Europa	134
Italia	135
Relaciones con países amigos	135
Paraguay	135
México	137
Estados Unidos	138
Política Independiente	138
Comercio con la Cortina de Hierro	138
Antártida	139
Creación del CONADE	140
EL ÚLTIMO VIAJE	141
Kennedy	143
Felipe de Edimburgo	144
La política exterior en las Naciones Unidas	145
 8 PRIMER VIAJE A LOS ESTADOS UNIDOS	 155
La partida	155
Washington	159
Chicago - Detroit - Nueva York	163
Regreso del primer viaje a los Estados Unidos	169
 9 VIAJE A EUROPA	 173
Proyecto y partida	173
Italia (Roma-Gubbio-Milán)	176
Suiza (Zurich-Berna)	185
Francia - Declaración con De Gaulle	189
Bélgica	192
Alemania	196
Holanda	200
Reino Unido	203
España	213

10 LAS RELACIONES	
CON LOS PAÍSES LATINOAMERICANOS	223
Ecuador	223
Relaciones peruano-ecuatorianas	223
Relaciones argentino-chilenas	225
Declaración de Viña del Mar	227
Uruguay	229
Bolivia	229
Relaciones argentino-brasileñas	232
La Conferencia de Uruguayana	235
En trayecto: Río y Caracas	245
11 SEGUNDO VIAJE A LOS ESTADOS UNIDOS	249
La relación de Kennedy con nuestro país	254
durante el gobierno de Frondizi	254
Reunión con el Presidente Prado y entrevista con Kennedy	258
Declaración de Nueva York	260
Las Naciones Unidas	261
12 VISITA A ORIENTE	269
En trayecto: Asunción, Trinidad	271
Canadá	272
En trayecto: Irlanda, Grecia	274
La India	277
Tailandia, Hong Kong	280
Japón	283
13 CONFERENCIA DE PALM BEACH	289
14 LA POLÍTICA EXTERIOR DE FRONDIZI	297
La prédica de un estadista	297
Conclusiones	300
APÉNDICE DOCUMENTAL	303
DOCUMENTO N° 1	
(8/4/58 - Discurso ante el Parlamento Uruguayo)	305
DOCUMENTO N° 2	
(/4/58 - Discurso en Itamaraty)	307
DOCUMENTO N° 3	
(9/4/58 - Discurso de Juscelino Kubitschek en Itamaraty)	310

DOCUMENTO N° 4 (14/4/58 - Discurso en la Universidad de Santiago de Chile)	312
DOCUMENTO N° 5 (16/4/58 - Discurso en la Universidad de San Marcos)	316
DOCUMENTO N° 6 (1°/5/58 - Discurso de asunción del mando en el Congreso de la Nación)	319
DOCUMENTO N° 7 (29/10/58 - En Paraguay)	322
DOCUMENTO N° 8 (21/1/59 - Ante el Congreso de los Estados Unidos de América) ..	323
DOCUMENTO N° 9 (23/1/59 - En el Club Nacional de Prensa en Washington)	325
DOCUMENTO N° 10 (26/1/59 - En la empresa "International Packers" de Chicago) ...	327
DOCUMENTO N° 11 (26/1/59 - En agasajo ofrecido por el Alcalde de Chicago)	330
DOCUMENTO N° 12 (28/1/59 - Ante los representantes de instituciones bancarias en Nueva York)	331
DOCUMENTO N° 13 (19/2/59 - Mensaje por cadena nacional)	333
DOCUMENTO N° 14 (25/1/60 - Condecora al Presidente de México)	336
DOCUMENTO N° 15 (26/2/60 - Comida a Dwight Eisenhower)	337
DOCUMENTO N° 16 (/6/60 - En Milán)	338
DOCUMENTO N° 17 (19/6/60 - En Berna con el presidente Petitpierre)	339

DOCUMENTO N° 18 (21/6/60) En Berna ante banqueros y hombres de negocios)	340
DOCUMENTO N° 19 (22/6/1960 - En banquete ofrecido por De Gaulle)	341
DOCUMENTO N° 20 (23/6/60 - Respuesta a Michel Debré)	342
DOCUMENTO N° 21 (23/6/1960 - Discurso a los empresarios reunidos en el Patronato de Francia)	343
DOCUMENTO N° 22 (24/6/1960 - Respuesta al rey Balduino de Bélgica)	344
DOCUMENTO N° 23 (25/6/1960 - Almuerzo ofrecido a las autoridades de la CEE)	345
DOCUMENTO N° 24 (28/6/1960 - Discurso ante los hombres de negocios en Colonia)	347
DOCUMENTO N° 25 (28/6/1960 - Discurso en la Cámara de Comercio de Hamburgo)	348
DOCUMENTO N° 26 (1°/7/1960 - En el agasajo ofrecido por el Presidente del Consejo de Ministros de Holanda, en Amsterdam)	348
DOCUMENTO N° 27 (1°/7/1960 - Ante la Corte Internacional de Justicia de La Haya) 349	
DOCUMENTO N° 28 (4 /7/1960 - En la Estación Victoria ante Harold Mac Millan) ...	350
DOCUMENTO N° 29 (4/7/1960 - En el Ministerio de Relaciones Exteriores)	351
DOCUMENTO N° 30 (4/7/1960 - Ante el Parlamento inglés)	351
DOCUMENTO N° 31 (5/7/1960 - Ante la Cámara Anglo Argentina en el Fishmongers	

Hall).....	352
DOCUMENTO N° 32 (6/7/1960 - Almuerzo con el Lord Mayor de Londres).....	354
DOCUMENTO N° 33 (7/7/1960 - En un banquete con el Jefe de Estado español	355
DOCUMENTO N° 34 (9/7/60 - En la Universidad de Madrid, al recibir el título de doctor honoris causa)	356
DOCUMENTO N° 35 (9/7/1960 - Al agasajar al Jefe del Estado español)	357
DOCUMENTO N° 36 (21/7/60 - Mensaje por cadena nacional)	358
DOCUMENTO N° 37 M.R.E. n° 457 / RESERVADO	361
DOCUMENTO N° 38 M.R.E. N° 464 / RESERVADO	362
DOCUMENTO N° 39 M.R.E. N° 465 / SECRETO	366
DOCUMENTO N° 40 M.R.E. N° 466 / RESERVADO	369
DOCUMENTO N° 41 M.R.E. N° 487 / SECRETO / URGENTE	369
DOCUMENTO N° 42 M.R.E. N° 519 / RESERVADO	371
DOCUMENTO N° 43 M.R.E. N° 524 / RESERVADA	373
DOCUMENTO N° 44 M.R.E. N° 530 / RESERVADO	375
DOCUMENTO N° 45 M.R.E. N° 570 / RESERVADO	380

DOCUMENTO N° 46	
M.R.E. N° 575 / RESERVADO	381
DOCUMENTO N° 47	
M.R.E. N° 587 / RESERVADO	382
DOCUMENTO N° 48	
M.R.E. N° 623 / RESERVADA	384
DOCUMENTO N° 49	
M.R.E. N° 626 / RESERVADA	385
DOCUMENTO N° 50	
M.R.E. N° 638 / RESERVADO	389
DOCUMENTO N° 51	
(14/11/1960 - Discurso a gobernadores norteamericanos)	390
DOCUMENTO N° 52	
M.R.E. N° 652 / RESERVADO	390
DOCUMENTO N° 53	
M.R.E. N° 653 / RESERVADO	396
DOCUMENTO N° 54	
M.R.E. N° 673 / RESERVADO	397
DOCUMENTO N° 55	
M.R.E. N° 700. RESERVADA	398
DOCUMENTO N° 56	
M.R.E. N° 701 / RESERVADO	402
DOCUMENTO N° 57	
RESERVADO / MEMORÁNDUM	413
DOCUMENTO N° 58	
(Discurso pronunciado por el Dr. Frondizi al recibir el Gran Collar de la Orden del Cóndor de los Andes, otorgada por el gobierno de Bolivia el 24 de mayo de 1961)	416
DOCUMENTO N° 59	417
25/5/1961 - Discurso pronunciado por el Dr. Frondizi al hacer entrega al presidente de Bolivia el Gran Collar de la Orden del	

Libertador General San Martín)	417
DOCUMENTO N° 60	
(26/5/1961 - Comunicado conjunto de los presidentes de Argentina y Bolivia, Dres. Arturo Frondizi y Víctor Paz Estenssoro)	418
DOCUMENTO N° 61	
(21/8/1961 - Discurso por la cadena nacional de radio y televisión)	421
DOCUMENTO N° 62	
Declaración de Viña del Mar	422
DOCUMENTO N° 63	
11-09-61 / Acta Adicional	425
DOCUMENTO N° 64	
Palabras pronunciadas por el señor Canciller Dr. Miguel Ángel Cárcano al hacerse cargo del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto el 13 de septiembre de 1961:	428
DOCUMENTO N° 65	
24-9-1961. Comunicado conjunto sobre la reunión mantenida en Río de Janeiro por los presidentes de Argentina y Brasil	430
DOCUMENTO N° 66	
Comunicado Conjunto de los Ptes. del Perú y de Argentina	432
DOCUMENTO N° 67	
(26/9/1961 - Declaración de Nueva York)	434
DOCUMENTO N° 68	
(9/10/1961 - Discurso por cadena nacional de radio y televisión)	436
DOCUMENTO N° 69	
(28/11/1961 - Discurso en la Universidad de Ottawa al recibir el doctorado honoris causa.	440
DOCUMENTO N° 70	
(28/11/1961) - Comunicado conjunto de los gobiernos canadiense y argentino.	441

DOCUMENTO N° 71	
(4/12/1961 - Discurso en Nueva Delhi, en el banquete ofrecido por el vicepresidente de la India)	443
DOCUMENTO N° 72	
(8/12/1961 - Declaración conjunta de los gobiernos indio y argentino)	444
DOCUMENTO N° 73	
(10/12/1961 - Discurso en la Cámara de Comercio de Bangkok, Tailandia)	446
DOCUMENTO N° 74	
(11/12/1961 - Comunicado conjunto entre los gobiernos tailandés argentino)	447
DOCUMENTO N° 75	
(17/12/1961 - Discurso ante empresarios en Osaka, Japón)	448
DOCUMENTO N° 76	
(20/12/1961 - Declaración conjunta de los gobiernos japonés y argentino)	449
DOCUMENTO N° 77	
ALIANZA PARA EL PROGRESO	451
DOCUMENTO N° 78	
Cuadro de precios ponderados 1948-1995	458
BIBLIOGRAFÍA PRINCIPAL	461

PRÓLOGO

Cuando el historiador analiza un período del pasado lo examina descontaminado de las pasiones de la época, porque vive una problemática diferente, que es la de su tiempo contemporáneo, que tal vez será examinado por otros cuando él ya no exista. En la medida que ese período se aleja hacia el pasado en el tiempo, se hace más difícil comprender las verdaderas y hondas motivaciones y será, por lo tanto, y por siempre, juzgado a la luz de las experiencias y conocimientos de su tiempo vigente. Nadie puede sustraerse al tiempo en que vive, la "circunstancia" orteguiana, aún cuando la asepsia intelectual se desarrolle de buena fe. Toda historia es contemporánea y nunca morirá como ciencia mientras haya una interpretación siempre renovada de un historiador que la juzga a su manera. Debemos poner en tela de juicio si ello es o no conveniente, para darle a quien lee una visión objetiva de lo ocurrido, que es el deber que tiene quien examina el pasado, salvo que quiera hacer de él un motivo para aplicar a sus intereses o a sus ideas del presente y, más aún, si quiere hacer de una biografía un panegírico hagiográfico o una detracción odiumosa.

El verdadero problema no se plantea en la necesidad de anestesiar las pasiones del presente para ser objetivo y apreciar los documentos como son y lo que dicen en sí mismos, sino en poder incorporar en el ánimo del que escribe, cuando aquel mundo, aquel tiempo, aquellos acontecimientos bajo examen ya han desaparecido, las pasiones que tuvieron los testigos activos y pasivos de esos momentos y las ideas e intereses de los protagonistas para poder comprenderlos. Una cosa es dejar de lado la pasión de hoy y otra aún más difícil es compenetrarse de la época que se quiere, "vivirla" como si se sintiera partícipe, sin hacer de ello una bandería, y adoptar los sentimientos generales que permitan comprender lo ocurrido de manera exacta. Se trata de una tarea mental, y hasta anímica, nada fácil, nada simple, pero que vale la pena intentarla para mejor interpretar y mejor transmitir el mensaje histórico.

Cuando los acontecimientos bajo examen no son tan lejanos, como en el caso de la presidencia del doctor Frondizi,

alejado apenas cuatro décadas del tiempo en que se redacta esta obra, la posición del historiador es más fácil, porque hubo y hay testigos directos de lo ocurrido, algunos, inclusive, con participación directa en la política exterior, que hemos consultado reiteradas veces. El propio doctor Frondizi estuvo unido al autor de este trabajo por una larga amistad de años, que le permitió saber de manera directa sus motivaciones y objetivos internacionales en la política que desarrolló en su gobierno. Amistad que se tradujo siempre en conversaciones prolongadas y condicionadas por el afecto y el profundo respeto por sus notables cualidades intelectuales y que tuvo el triste final de tener que despedirlo —entre otros oradores— en su último adiós fúnebre, en el Salón de Pasos Perdidos del Congreso Nacional.

Y así también, esa “pasión retardataria” que es conveniente tener para conocer lo ocurrido, se facilita, en este caso, porque fueron hechos que se vivieron pasivamente, como uno más de los millones de ciudadanos que habitaron el país y estuvieron sujetos a los vaivenes de la política, de la economía y de la cultura que tienen carácter general a través de la legislación, pero que afectan para bien o para mal a cada uno. Este ejercicio anímico no es más que un simple esfuerzo evocativo y vivencias de cada día, algo así como el pulso de la sociedad y de sus integrantes.

Lo dicho nada quita sobre la objetividad propuesta, sin ulterioridades, sino, por el contrario, es un elemento a tener en cuenta en el relato que contribuye a su descripción más adecuada y a explicación más racional.

INTRODUCCIÓN

Los viajes al exterior, una forma moderna de política

Los viajes al exterior llevados a cabo por el presidente Frondizi a lo largo de todo su período presidencial, reiteradamente, fueron un instrumento para su política de inversiones extranjeras, de apertura al comercio exterior, de búsqueda de nuevos mercados y, sobre todo, con el anhelo de mejorar la imagen existente de la Argentina, después de muchos años de cierre de sus fronteras.

La personalidad del nuevo presidente significaba para el mundo la presencia de un demócrata, de un hombre de leyes, de un intelectual que había pasado largos años en la prédica y en la controversia parlamentaria, y conocía, por lo tanto, el disenso y el juego de las ideas, que aceptaba la oposición con tolerancia, lo que implicaba libertad de prensa y participación de las instituciones en el ejercicio de gobierno. Con esas características personales, el doctor Frondizi podía elevar su voz en las asambleas parlamentarias a las que era invitado, con autoridad moral, tal vez la más difícil de tener, y con profunda convicción en sus palabras porque ellas representaban su propia experiencia de vida. Era creído cuando dijo en el Congreso del Uruguay donde se le dio el honroso título de parlamentario:

"Queremos hacer efectivas y dar bases duraderas, a la libertad, la justicia y la democracia en América."

O más aún en la Universidad de San Marcos, de Lima, cuando recibió el título de doctor "honoris causa":

"(...) hace casi treinta años que, como cualquiera de vosotros salí de la Universidad con un diploma bajo el brazo (...) para incorporarme lleno de ilusión y esperanza al mundo de la realidad cotidiana. Encontré entonces que había una gran contradicción entre las

teorías jurídicas, y esa realidad social. En casi toda América las instituciones estaban subvertidas. El imperio de las ideas había sido reemplazado por el imperio de la fuerza y la libertad era un ronco grito de seres encarcelados, torturados y perseguidos (...) Me hice político con fidelidad a mi más profunda vocación (...)"

Era, pues, el jurista y hombre de fe parlamentaria, comprensivo de una realidad contradictoria, el que llegaba a diversas naciones. Y el mundo todo, el mundo que lo recibía, comprendía que Frondizi representaba algo en ese sentido, que tenía una imagen de democracia pluralista porque así lo había demostrado en su propia vida. Ése era el hombre.

Había otro Frondizi que viajaba. Era el estadista que había levantado la bandera del progreso, que la moderna terminología económica designa como "desarrollo". Este sustantivo era casi una obsesión para el mandatario, que quería recuperar el largo tiempo perdido por el país en políticas cerradas, estatistas y ya agotadas que, lamentablemente, se reinstalaron otra vez después de su período, contribuyendo a la consolidación del atraso y la pobreza. De acuerdo a los índices económicos, representa Frondizi una isla de sólo cuatro años —trunco por un inicuo golpe militar— en un mar revuelto de medio siglo.

¿Como hacer para cambiar ese sector de declinación? Se requería la ayuda externa para movilizar las riquezas potenciales de un país rico como la Argentina. El primero y más grave problema era la crisis de la balanza de pago que originaba la importación de petróleo, porque los importantes yacimientos del país eran explotados casi monopólicamente por la empresa oficial (Yacimientos Petrolíferos Fiscales) que carecía de capital para incrementar la oferta. Para mayores males, el precio del barril de crudo había aumentado en aquellos días por la guerra del canal de Suez. Comprendió Frondizi que si el capital internacional invertía en la extracción de petróleo en el país, quedaría enjugado el déficit de la balanza comercial y obtendría saldos líquidos para la adquisición de bienes durables, como maquinarias, para mejorar la infraestructura e iniciar una

genuina corriente exportadora. Este argumento de "invier-
tan en mi país que tendremos divisas para comprarles bienes
de capital" lo repitió una y otra vez en sus giras por el mun-
do desarrollado, con proficuo resultado. En algunos casos —
como en Gran Bretaña— se retomaron corrientes de inversión
directamente interrumpidas y en otros —como en España—
se destrabaron litigiosas situaciones comerciales que habían
llevado el intercambio prácticamente a cero.

El mundo que recibió a Frondizi lo agasajó y creyó en
él. Creyó en el demócrata, en su persona, y fue comprendido
por todos los sectores salvo por la egoísta, rencorosa y, sobre
todo, minúscula visión de política provinciana, hecha por
una oposición sistemática, que hasta le quiso negar, o por lo
menos cuestionó, la autorización para salir del país la pri-
mera vez, para dirigirse a los Estados Unidos. Y el mundo
creyó en el estadista que luchaba casi desesperadamente con-
tra toda una cultura de autarquía económica, rayana en la
xenofobia, en total contradicción con la universalización de
la economía como tendencia mundial.

Llegaba con él la Nueva Argentina que lo recibía como
su digno representante, como intelectual de lenguaje fluido,
pensamiento claro y sólida formación cultural, que no sólo
salía aliroso de todos los compromisos y de las más osadas
preguntas de los corresponsales de prensa, sino que parecía
llevar adelante a un paso más, todas las ideas de su tiempo.

Esto último es lo que se hace visible en su gira por los
países latinoamericanos, aún antes de asumir, como signifi-
cativo gesto político: paz con los vecinos, buena voluntad en
la vida política internacional, incremento del comercio, pro-
yecto de asociación económica, prevalencia de la democra-
cia.

La vocación internacionalista de Frondizi no fue una
imprevista y repentina aspiración surgida en el curso de su
presidencia. Consciente de la necesidad de proyectar a la
Nación a un plano internacional, deteriorada por años de
autoritarismo y malos recuerdos procedentes de los vencedo-
res de la Segunda Guerra Mundial para con un país que
parecía empeñarse en rechazar a las democracias, a punto
de haber sido el único que no rompió relaciones con el Eje
hasta muy entrado —y ya definido— el resultado final de la

contienda, cuando la opción era nula, en fin, un país que había sido gobernado desde 1930 hasta 1958 —con la sola excepción de cinco años— por miembros del Ejército y por primera vez lo hacía un civil que, por otra parte, era hombre togado, vinculado a la ley, en fin, conocedor de estos hechos, el nuevo presidente, repetimos, aún antes de asumir, y sin los compromisos y el pesado protocolo que implica la representación de la investidura, comprendió la conveniencia de exponer su palabra y sus ideas a sus vecinas de América Latina, no sólo para aventar cualquier suspicacia sino para abrazar fraternalmente a los hermanos de sangre y hacer conocer sus ideas.

Así, en Montevideo dejó constancia de sus luchas comunes. Dijo:

“(…) Viejo camarada de las luchas heroicas, hermano de todas las horas, noble pueblo de la Banda Oriental, os saludo en nombre del pueblo argentino.”

Pero también se sentaron las primeras intenciones concretas sobre la futura represa binacional de Salto Grande que habría de construirse quince años más tarde y que hoy produce energía como verdadero ejemplo para sus dos ribereñas.

Con Brasil, Frondizi quiso aventar cualquier suspicacia. Siendo ésta la hermana mayor del hemisferio latino aclaró:

“Los candidatos electos mantendremos una política pacifista y de concordia en todos los países(…)”

Ya entonces, Frondizi delineó su política: capitales privados para la extracción de petróleo. En esos mismos días sus delegados consultaban y tendían bases de entendimiento con las grandes empresas petroleras de los Estados Unidos y de Europa. Se proponía desarrollar la agricultura hasta emparejarla con la industria y es de hacer notar que el agro y la producción de carnes no sólo estaban estancados, sino que su retraso tecnológico era resultado de la desinversión y del abandono. Se producía menos que veinte años antes, para

una población que había crecido un cincuenta por ciento, por lo que los excedentes exportables tendían a ser cada vez menos significativos. Todo el periodismo saludó alborozado a Frondizi y hasta el diario comunista "Imprensa popular" expresó que

"(...) el Brasil se honra en la visita del representante máximo de la nación hermana y amiga."

Y el propio Juscelino Kubistchek, presidente de la Nación, le dijo

"(...) consideramos el progreso, los éxitos, las victorias de la Nación Argentina como los de un miembro extremadamente próximo de nuestra familia."

En este viaje Frondizi expresó dos ideas de gran trascendencia futura: se mostró opuesto al TIAR —Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca—, formado en esa ciudad de Río de Janeiro en 1947 y dejó establecida la necesidad de llegar a una fórmula de asociación económica similar al bloque que en esos días (Tratado de Roma: 1957) habían llevado a cabo las potencias europeas.

El mismo impulso fraterno lo lleva a Chile. Allí insiste en la complementación económica, en "la asimilación de las conquistas tecnológicas y científicas de nuestro tiempo" en el discurso de la Universidad:

"¿Que significa una política de integración económica nacional?; significa explotar todos los recursos disponibles y no solo aquellos prefijados por un esquema unilateral e interesado de la estructura económica."

Dice luego

"(...) Porque Chile y Argentina son dos países de Latinoamérica que pueden ofrecer un gran ejemplo de voluntad de concordia; el ejemplo que materializa el monumento al Cristo Redentor colocado en la cumbre como garantía suprema de sus intenciones en las

montañas nevadas (...)”

La amistad con Perú, nacida de la historia, halló en Frondizi intelectual, el escenario recoleto y sobrecogedor de la Universidad de San Marcos, en Lima:

“(...) La Universidad Latinoamericana debe tener también sentido popular (...) Afirmamos categóricamente que la Universidad debe cumplir plenamente su misión formativa y científica (...)”

Así, al término de su doble periplo de 1958, el presidente electo era ya una figura de América, con repercusión en el mundo que se aprestaba a ocupar el rol presidencial en uno de los momentos mas críticos de la historia argentina, con endeudamiento creciente, estancamiento en las exportaciones, un parque industrial obsoleto y sin renovación, sin inversiones, pero, sobre todo, con la familia argentina dividida por profundos odios políticos entre peronistas y antiperonistas.

El día 1º de mayo, el doctor Frondizi prestó su juramento constitucional, en julio lanzó la ya prevista “Batalla del Petróleo”, que chocaba con el espíritu nacionalista de un sector de los dirigentes políticos. El 29 de diciembre lanzó su programa de expansión y estabilización y el 18 de enero de 1959 inició el primero de los viajes al exterior, en visita a los Estados Unidos. Aunque los legisladores de la oposición pretendieron negarle el derecho de salida del país, lo cierto es que ése era un viaje necesario y oportuno. Era la primer salida con la que un presidente moderno une las relaciones internacionales personales para robustecer sus objetivos políticos, lo haría en Estados Unidos, primera potencia de la tierra, con cuyas empresas en esos días se estaban negociando los contratos petroleros de extracción y de exploración por cuenta de Y.P.F. Pero era también la puerta de entrada para la imagen de la nueva Argentina democrática. Por eso, invitado al Congreso, dijo:

“Hay una América desarrollada y pujante, que ha alcanzado los más altos niveles conocidos de progreso y bienestar individual y colectivo. Y hay otra Amé-

rica, la nuestra, donde millones de seres padecen ínfimos niveles de vida (...) (somos) procuradores de materias primas, en un mundo que tiende vertiginosamente a la industrialización y a la diversificación”.

Para revertir la situación, Frondizi expresa que se requiere tecnología y capitales.

Frondizi habló después en la OEA, lo hizo con los hombres de prensa, estuvo en Chicago y Detroit junto a los hombres de negocios. Fue recibido por el presidente Eisenhower y por el senador Adlai Stevenson, jefe de la oposición. Lo que importaba era la oportunidad de la visita. Después de muchos años de incomunicación y desconfianza, se recibía a un presidente argentino —el primero en ejercicio— y querían agasajarlo como amigo. La agencia de noticias “Prensa Asociada” dijo a los periodistas antes de su llegada:

“Parece que el doctor Frondizi es el visitante más popular desde la Reina Isabel de Inglaterra.”

Frondizi, por otra parte, con seis meses de gobierno y habiendo encontrado un país quebrado, exhibía sus primeros logros: la “batalla del petróleo” estaba en plena acción ya que en esos días llegaban los equipos por los contratos firmados, se había confeccionado un plan de austeridad y desarrollo, había plena libertad de prensa y todas las instituciones republicanas estaban en pleno funcionamiento. En sus discursos en el Congreso y en la OEA, dejó constancia de su preocupación democrática para América como hombre parlamentario y por el desarrollo argentino, a cuyo fin pidió la inversión de capitales y tecnología. Defendió, asimismo, el nivel de vida ya logrado por su Patria y la distorsión informativa sobre el continente. Dijo casi como una admonición y con un poco de orgullo:

“(…) sobre veinte millones de habitantes, concurrieron a las urnas más de nueve millones de mujeres y hombres. Ésta es una proporción difícilmente superable en un país democrático y es, a la vez, un claro índice del grado de ilustración cultural y política alcanzada por un pueblo. Pocos han de saber que nues-

tra capital, Buenos Aires, junto con el conglomerado urbano que la rodea reúne casi seis millones de habitantes y posee la única red de subterráneos de América Latina, la primera de cuyas cinco líneas fue construida hace casi cuarenta años (...) Fabricamos no sólo productos alimenticios y textiles, sino también radios, televisores, lavarropas, heladeras, tractores, vagones, camiones y automóviles (...)"

En Chicago, con cifras en la mano, planteó el gran problema de la distorsión mundial en el comercio de granos. ("La Argentina necesita solamente, como los demás países latinoamericanos, que se asegure la libre y honesta competencia en el mercado internacional"). Lo mismo ocurrió en Detroit.

Finalmente, a su regreso le dijo al país por radiofonía:

"He regresado satisfecho y orgulloso y he de agradecer siempre a la Providencia el haberme permitido desempeñar una auténtica embajada de la soberanía nacional y americana."

Un párrafo merece su viaje de regreso.

Hace escala en Guayaquil y conferencia con el presidente Camilo Ponce Enríquez cumpliendo con la visita que no pudo hacer como presidente electo y luego, en Santiago de Chile, para conferenciar con el presidente Jorge Alessandri, en una reunión que fuera sigilosamente preparada mientras viajaba por los Estados Unidos, a fin de solucionar los problemas limítrofes entre ambas naciones y, en especial, a raíz de los incidentes que habían ocurrido poco tiempo antes en el Canal de Beagle. Era un manifiesto contrasentido que el hombre que hablaba en todos los foros, oficiosamente, en pro de América Latina, en su propio país tuviera diferendos fronterizos.

Hacia mayo de 1930 se conocieron los primeros contactos con Alemania para una visita presidencial, extendidos luego a otras naciones de Europa. El doctor Frondizi necesitaba ir al Viejo Mundo, cuyo mercado ya había comenzado a vender a precios subsidiados con aplicación de aranceles externos, para sus fronteras comunes. Era una incipiente res-

tricción, agravada después con el tiempo y con el desarrollo que cobrara la industria agrícola, merced a esos mismos subsidios. El viaje era indispensable. En su mensaje previo, Frondizi señaló el objetivo del primero y lo que esperaba de este otro, comprendiendo con penetrante lucidez que la formación de los megabloques en el mundo del futuro como materia de defensa de los precios exportables, obligarían a América Latina a alinearse dentro de sí. En 1960 se firmó el Tratado de Montevideo, origen de la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio que no fructificó por haberse propuesto objetivos demasiado ambiciosos. Dijo:

" (...) con esta honda preocupación por el destino de nuestra civilización y por el del pueblo argentino emprendo este viaje por varias naciones europeas. De nada serviría el sacrificio de nuestra generación si el mundo cerrara sus puertas a nuestros productos, nos negaran su apoyo o simplemente se mantuviera indiferente frente a nuestros problemas (...)"

El 14 de junio de 1960 arribó al Aeropuerto de Ciampino, Roma, Italia, ligada por profundos lazos de sangre con nuestro pueblo, que lo saludó afectuosamente. En aquellos días, el ENI (Ente Nazionale Idrocarburi), tenía trescientos pozos en explotación en la Patagonia, y una corriente inversora se estaba formando en ese entonces. En la conferencia de prensa Frondizi reivindicó su política de desarrollo y concluyó con un acuerdo político con el gobierno italiano, en el que se resaltaba la cooperación económica.

Visitó Gubbio, la aldea de donde partieron sus padres para América y tuvo oportunidad de visitar a solas a Su Santidad Juan XXIII, que dejó en él profundas huellas.¹

En Suiza visitó las ciudades de Zurich y Berna. Había un clima antiargentino por las protestas populares ocurridas en Buenos Aires, con motivo de la renovación de las concesiones de las usinas eléctricas. Su visita de buena voluntad apuntaba, además, a las inversiones de la banca suiza. En sus discursos y en las conferencias de prensa, una y otra vez, el doctor Frondizi reiteró esa disposición de apertura del capital extranjero.

En Francia se encontró con uno de los grandes estadistas del siglo: el general Charles de Gaulle, maestro del conocimiento de sus interlocutores, que lo distinguió como una de las grandes figuras que visitaron su país: "Como presidente de una nación latinoamericana, parte de un continente que habitan doscientos millones de seres humanos (...)" reivindicó una y otra vez, como vocero oficioso y desprovisto de egoísmo, o afán de supremacía. ("Cuando hablo de nosotros, me refiero a los doscientos millones de hombres y mujeres que habitamos Latinoamérica, único sector de Occidente demorado en su desarrollo"). Luego, la defensa de su obra en el breve plazo de su gobierno:

"(...) en el lapso de dos años se logró duplicar la producción nacional de petróleo y en el transcurso del año 1961, ya logrado el completo autoabastecimiento, estaremos en condiciones de exportar. También nos preocupó impulsar otros rubros fundamentales: el carbón y el acero; hidroelectricidad, termoelectricidad, química pesada (...)"

Más tarde, en otra conferencia denunció en plena Francia el proteccionismo agrícola europeo, del que Francia era y sigue siendo adalid:

"(...) Este esfuerzo de nuestro país y, en general, el de toda América Latina está amenazado por las tendencias proteccionistas para la producción agropecuaria que aparecen en el Mercado Común Europeo".

En el comunicado conjunto emitido el 24 de junio, se destacó el fortalecimiento de la cooperación entre ambas naciones y la necesidad común de incrementar el intercambio comercial.

En Bélgica, rindió homenaje a la nación que hospedó al Libertador en sus años de exilio y trabó relaciones directas con la Comunidad, a través del profesor W. Hallstein, cuya sede está en Bruselas. En largo coloquio dejó constancia de su política:

"(...) tendremos dentro de poco excedentes al evitar el drenaje de la compra de petróleo; Europa puede

ser destinataria de ellos si invierte en nuestro desarrollo."

El 27 de junio estaba en Bonn. Trabajó largas conversaciones con las máximas autoridades alemanas: el presidente Lübke, el primer ministro Adenauer y el ministro de Relaciones Exteriores von Brentano. Estos coloquios se extendieron después a los capitanes de las grandes industrias, en los que insistió en las inversiones y en el incremento de las corrientes comerciales. Elogió la reconstrucción de Alemania y agregó: "nuestro país está lanzado en un proceso análogo". Pasó a Holanda. En el Consejo de Ministros de Amsterdam destacó el desarrollo argentino y de la tradicional amistad entre ambos países:

"(...) La Argentina ha sido y es vuestra amiga, el futuro nos encontrará siempre en la misma senda (...)".

Desde Holanda siguió al Reino Unido de la Gran Bretaña, nación que tuviera una preponderante importancia en nuestra historia económica: fue la segunda en reconocer nuestra independencia, firmó en 1825 el primer tratado de Amistad y Comercio, intervino en todas nuestras corrientes comerciales casi con exclusividad, fue proveedora de la industria, bienes elaborados y materias primas no producidas por nosotros y, finalmente, árbitro de nuestros litigiosos límites.

El comercio de carnes estaba prácticamente en su mercado consumidor. Gran Bretaña no pertenecía entonces al Mercado Común, se encontraba en abierta desventaja con sus competidores, y sus inversiones en América estaban siendo sustituidas por la eficiente industria alemana. Quería recuperar terreno. Frondizi y la Argentina nueva que él representaba, sin la xenofobia anterior, eran una oportunidad. Y así, el presidente argentino encontró un campo propicio para la ejecución de sus planes de comercio y desarrollo. Dijo: "Sin flaquear por la resistencia que ha provocado, el gobierno ha llevado adelante su programa de estabilización resueltamente". Se refirió al abandono de los tipos artifi-

ciales de cambio y a la supresión de los subsidios al consumidor. Agregó:

" (...) Una nueva atmósfera comienza a prevalecer en la Argentina. El sector agropecuario, que recibe ahora precios remunerativos, está aumentando la producción. Los planteles de ganado bovino, que habían experimentado severas mermas durante los últimos tres años, han aumentado en medio millón de cabezas en los meses recientes".

Eran frases veraces, pero también seleccionadamente halagadoras para interlocutores, que estaban con deseos de reanudar los viejos vínculos. Frondizi dejó constancia de esa necesidad y del apoyo que brindaba. Dijo "He venido a estrechar las relaciones económicas y financieras entre las de América y Europa y las de Argentina con Gran Bretaña". Y en el Parlamento:

"Saludo en vosotros a los representantes de un gran pueblo amigo de la Argentina, con el que nuestro país tiene contraída una deuda de gratitud desde los días iniciales de nuestra existencia nacional."

Luego su propuesta:

" (...) la colaboración del Reino Unido en nuestra empresa de desarrollo nacional puede ampliarse a una política crediticia a largo plazo más intensa, de parte de la banca oficial y privada británica. Las centrales termoeléctricas y atómicas, los medios de transporte, en especial aéreo, fluvial y marítimo y la siderurgia son, entre otros rubros básicos, los que Gran Bretaña puede ofrecer en una significativa cooperación para el desarrollo de nuestro país, obteniendo adecuados beneficios."

Las relaciones con el Reino Unido quedaron firmemente consolidadas. Frondizi departió en reducida tertulia, unas veces y a solas otras —alguna de ellas fuera de protocolo— con Harold Mc Millan, el primer ministro, de tal modo que se estableció una importante corriente personal. Los temas de

la política internacional, como las consecuencias de la guerra fría, que en aquellos días se manifestaban con toda su crudeza, fueron comentados y expuestos. Pocas veces fue utilizado un viaje personal para obtener tantos y tan importantes réditos comerciales y políticos mutuamente beneficiosos, donde ambas partes obtuvieron satisfacciones.

Su viaje a Europa concluyó con su visita a España, nación unida a nuestro país por intensos lazos de afecto, pero cuyo comercio era prácticamente inexistente por un antiguo diferendo no solucionado. La visita de Frondizi tendía a regularizar la situación y volver a la identidad perdida:

"(...) Con vosotros rogamos a un mismo Dios y así, en cada jornada, el argentino y el español comulgan en el mismo templo".

El acuerdo con España fue ingenioso y propio de un estadista: España habría de construir una flota, de cinco cargueros de 8.000 toneladas cada uno, dos buques mixtos de pasaje y carga, tres fluviales, un ferrobarrido, máquinas propulsoras y otras unidades. Con este contrato se impulsó la industria naval española y se cubrió un agudo déficit de nuestra marina mercante; a cambio España adquiriría cereales y oleaginosas por valores iguales a la contrapartida, más un plus por el pago de la deuda. Justamente esta deuda que llevaba varios años sin resolverse había, prácticamente, paralizado el comercio entre ambas naciones.

Frondizi visitó el Alcázar de Toledo, recibió un doctorado honoris causa, honró a San Martín y celebró allí el 9 de julio, fecha entrañable para todo argentino. Coincidió con el sesquicentenario de 1810. Dijo:

"(...) Hemos venido a esta tierra ciento cincuenta años después del momento aquel en que nos separamos de España (...) Si en ella hubo sangre, siempre desgarró el ver la luz primera. Pero ese dolor y esa sangre, las de la madre y el hijo, fueron símbolo de amor y no de odio, fueron símbolo de unión y no de guerra (...)"

El 11 de julio de 1960 el presidente regresó a la Argen-

tina. Su visita había cubierto un importante capítulo en su política exterior y con rigor expresó al país: "Europa cree en la Argentina, admira la riqueza de nuestro suelo y conoce el esfuerzo tenaz de nuestro pueblo".

El 23 de mayo de 1961 hizo un breve viaje a Bolivia, país hermano que no había visitado como presidente electo. Luego visitará Paraguay en una escala previa a su gira por Oriente. En la ciudad de La Paz recibió la condecoración de la Orden del Cóndor de los Andes en el grado de Gran Collar y, a su vez, hizo entrega de la condecoración del Libertador General San Martín. Pronunció una serie de conferencias para públicos diversos, en los que hizo mención a las glorias y a los héroes de origen común. Luego atacó el escaso desarrollo comercial entre ambos países, que se recogieron en el Comunicado Conjunto, firmado por ambos presidentes, doctores Arturo Frondizi y Víctor Paz Estenssoro, en el Palacio Quemado. En el mismo coincidieron en adaptar la política exterior de ambos países a la realidad de los intereses nacionales de cada uno, ratificaron su alineamiento con Occidente y se planteó el incremento de importaciones de petróleo y gas bolivianos, así como el interés argentino de obtener un cupo de estaño de ese país. Se mencionó el yacimiento ferrífero de El Mutún como centro de abastecimiento de los requerimientos argentinos, a lo que se agregó la provisión de madera dura, natural y aserrada.

Su visita concluyó después de viajar a Santa Cruz de la Sierra.

El 23 de setiembre de 1961, viajó a Nueva York para participar en la Asamblea General de las Naciones Unidas, a la vez que se entrevistó con João Goulart, Presidente del Brasil, en Río de Janeiro, en el itinerario de viaje, y con Betancourt, en Caracas. Con la primera nación se había firmado la "Declaración de Uruguayana", de confraternidad continental en mayo de ese año y el nuevo presidente manifestó que continuaría la política de su antecesor Janio Quadros. La conferencia de Caracas reafirmó su permanente pasión latinoamericana. Y luego, en Nueva York, tuvo oportunidad de hablar con una de las mayores figuras de los Estados Unidos y verdadero "alter ego" del presidente Kennedy, el embajador Adlai Stevenson, quien bien pronto

se puso del lado de la Argentina y mantuvo siempre una actitud de simpatía y defensa hacia nuestro país. La entrevista más importante y más prolongada fue, sin duda, con el propio presidente Kennedy. El comunicado conjunto, que fuera llamado por la prensa "Declaración de Nueva York", significó para el país un gran respaldo y un reconocimiento al presidente Frondizi. Argentina sería la nueva aliada del coloso del Norte, se alineaba a su lado frente al comunismo ruso y sus ramificaciones universales. Ese era el primer sentido, al que Frondizi agregaba la necesidad de inversiones de riesgo para hacer en las naciones pobres una palanca de desarrollo y, como si fuera poco, el entendimiento fue sincero, personal, amistoso y ajeno al protocolo desde entonces.

El presidente Frondizi hizo viajes menores, alguno de ellos puramente protocolares, pero en todos los casos apuntaban a la confraternidad latinoamericana, la organización del sistema democrático pluripartidista con aceptación del disenso y de la crítica y —sobre todo— tendía al incremento del comercio y de la inversión y desarrollo. Tales son los ya llamados "viajes menores", sin que la expresión menor implique restarle importancia, sino solamente con criterio comparativo por la duración de cada uno de ellos. Se enmarcan el ya mencionado viaje a Bolivia, dos viajes a la República del Uruguay, la reunión de Uruguayana, en Brasil y los viajes a Chile.

El viaje al puente internacional "Paso de los Libres-Uruguayana", tuvo por objeto concretar unidad de miras con el mayor vecino del Continente, el Brasil, en momentos muy cambiantes para esa nación. Brasil sufría una formidable inflación, pero su economía se desarrollaba. Las forjas de "Volta Redonda", los proyectos y primeras realizaciones de las represas del Alto Paraná y el complejo industrial de São Paulo, la perfilaban como una potencia en ciernes y primera nación industrial tropical. Janio Quadros, el nuevo presidente elegido por el pueblo, que renunció después repentinamente, era todavía un enigma. La "Declaración de Uruguayana" fue una verdadera reafirmación de confraternidad democrática.

Los viajes a Chile estuvieron vinculados a los rozamientos fronterizos y marítimos en las proximidades de las islas en

disputa, en el Canal del Beagle. Como resultado de las conversaciones en Santiago con el presidente Alessandri, se resolvió someter el diferendo al arbitraje de La Majestad Británica. A su vez, la reunión de Viña del Mar tuvo por principio la unión de ambos países contra la influencia ideológica importada, cual era entonces la amenaza comunista que desestabilizaba a la región y —a la vez— robustecer el sistema latinoamericano de amistad. Con estos “viajes menores”, Frondizi aseguró en todo momento las buenas relaciones latinoamericanas.

El último viaje importante de Frondizi en su período de gobierno fue el que realizara a fines de 1961 hacia Canadá y Oriente. Baste decir que le llevó un mes de ausencia y recorrió 56.000 kilómetros (casi una vez y media la longitud de la línea ecuatorial) para visitar Canadá, Irlanda, Grecia, India, Tailandia, Hong Kong y Japón y para concluir, a su regreso, con una larga entrevista de varias horas y a solas con el presidente Kennedy.

En su trayecto de salida habló con Stroessner en Asunción, declarando conjuntamente en repudiar la importación de ideologías desestabilizantes. Habló con el embajador Stevenson, en Trinidad, expresó los puntos de vista de la Argentina como exportadora de granos en Canadá, donde se firmó una Declaración Conjunta. De esa reunión surgieron posteriores importantes inversores canadienses y su asistencia técnica al programa atómico de Frondizi.

Su viaje a Irlanda, como escala técnica, y a Grecia como visitante no oficial, le permitió de todos modos una mejor relación con dichas naciones vinculadas en el pasado y en el presente a la Argentina.

La India era para Frondizi una escala importante por su población numerosa y —en aquella época— su crónico déficit alimentario. Habló también de la paz internacional y elogió la postura pacifista de la política exterior india. En el punto Octavo de la Declaración Conjunta se expresa la esperanza de “que las negociaciones en curso para la conclusión de un acuerdo económico alcanzaran pronto buen resultado para beneficio de los dos países”.

El 8 de diciembre de 1961, el primer presidente argentino que llegaba a esa tierra, estaba en Bangkok, Tailandia,

donde expresó su programa y sus deseos. El comercio con dicho país era escaso y se trataba de mejorarlo y así se lo señaló en el Comunicado Conjunto. Finalmente —sorteando Hong Kong— Frondizi trató de mejorar las relaciones con una de las grandes naciones del mundo, no precisamente por su superficie territorial, sino por su producción y por su productividad: el Imperio del Japón.

Recibido con la cortesía japonesa, Frondizi expresó una y otra vez, en diversas ciudades, el ánimo de su país en recibir capitales, ratificar su voluntad de libre comercio, asegurar reglas estables de negociación y, sobre todo, la continuidad democrática. Su prédica es variada, creativa, el concepto es constante. De Japón dijo con admiración:

“Ninguna adversidad ha paralizado su voluntad de ser y de persuadir, de mantener y aumentar los legados de la antigua tradición en torno de la cual asumió una vida propia y significación universal.”

Después de una intensa semana en Japón había concluido su obra, una obra que sería trascendente para su país y para el continente que lo alberga. Podía regresar feliz.

Sin embargo aún en el regreso, como se ha dicho, tuvo oportunidad de hablar unas horas a solas con el presidente Kennedy y a pedido de éste, con quien anudó una sencilla amistad de mutuo respeto y admiración.

Frondizi era ya una figura del Continente y sus viajes habían consolidado su personalidad y su obra de gobierno.

UNIVERSIDAD
DEL SALVADOR

Notas:

¹ Su Santidad, el Papa Juan XXIII, le obsequió un solideo que usaba en algunas ceremonias. Frondizi conservó ese obsequio —que este autor tuvo varias veces en sus manos— con profundo afecto. Sus recuerdos de aquel Papa bondadoso eran muchos y ricos en anecdotario.

LA VIDA DE UN CIUDADANO

Infancia y juventud

La imagen de Frondizi como persona ha sido siempre contradictoria para los observadores y para el público en general. Como político genuino tuvo en su vida seguidores y detractores, pero para unos y otros fue muchas veces un enigma, de acuerdo a las actitudes políticas y personales que adoptó, porque desconocían los fundamentos profundos que las motivaban, algo así como el desconocimiento —y a veces el descontento— de tales causas para tales efectos. Solamente un grupo de amigos personales conocieron a fondo —y no todos, sino un muy pequeño número— el resultado y las motivaciones de su política y, como consecuencia, sus actos de gobierno. Hoy, a la distancia, en la medida que el tiempo se aleja y los hechos se ven en perspectiva, a la vez que se van exhumando documentos, testimonios personales y recuerdos que han quedado como esencias de documentos valiosos, desechas la hojarasca circunstancial, a veces magnificada por el periodismo interesado, su figura se levanta a la altura de los grandes estadistas del siglo, uno de los pocos y contados presidentes que la Argentina tuvo como genuinamente grande y dolorosamente coartado en sus intenciones.

¿Quién fue Frondizi persona? Un ser humano más de nuestra población, un hijo de inmigrantes —como muchos—, un niño que va a la escuela pública y un adolescente que rinde el colegio secundario —como muchos—, un muchacho que estudia derecho y se recibe de abogado a los 21 años con medalla de oro —como pocos—, un abogado, en fin, que ejerce la profesión, pero que se inclina a la vida política, como verdadera y auténtica vocación social. Hasta el momento mismo en que, con la rebelión propia de la juventud, se lanza a esta etapa de su vida pública, su vida es igual o muy parecida a la de tantos argentinos.

Sus padres, Julio Frondizi e Isabel Ércoli, —residentes en Gubbio, pequeño pueblo de la Umbria, en el corazón de

los Apeninos, Italia— llegaron como inmigrantes a Buenos Aires a fines de 1892, con dos hijas, Liduvina y Ercilia, de cinco y tres años de edad, respectivamente, y por ser obrero especializado en construcción, se trasladó prontamente a Paso de los Libres, provincia de Corrientes, con un contrato con la empresa Ferrocarriles del Nordeste, que entonces extendía su red vial.¹ Allí, la familia construyó su propia casa y nacieron los primeros hijos del nuevo continente: Américo (1896), Virginia (1899), Ricardo Amadeo (1900), los tres en Uruguayana, Brasil, al otro lado del río Uruguay, probablemente porque dicha ciudad contaba con mejores servicios médicos; luego María (1897), Julio (1901), Isabel (1903), Orestes (1905), Silvio (1905) y Arturo, el 28 de octubre de 1908, todos en Paso de los Libres. Finalmente Risieri, el último, nació el 20 de noviembre de 1910. El carácter del padre debió ser muy firme y ambos cónyuges impulsaron a sus hijos al estudio. Américo fue farmacéutico; Ricardo, profesor de inglés, Silvio, abogado; Orestes, funcionario; Risieri, pensador, filósofo, docente y rector de la Universidad de Buenos Aires; Virginia, docente; Arturo, abogado y presidente de la República.²

Tenía cinco años —1913— cuando su familia se trasladó a Concepción del Uruguay donde cursó los primeros grados y desde los diez años, en Buenos Aires, donde su familia se trasladó. Vivieron en Palermo, cerca del Hospital Fernández, entonces un barrio periférico y de casas bajas. Allí cursó tercer y cuarto grado. Arturo, con algunos hermanos, volvió a Concepción del Uruguay, donde estaba todavía su padre y allí vivió un año y medio. En febrero de 1922 obtuvo el certificado de sexto grado, último de la escuela primaria, con notas mediocres, sin duda como resultado de los cambios de casas, de escuelas, de maestros y de años rendidos en forma libre.³

Ingresó al Colegio Nacional de Concepción del Uruguay —el “Colegio del Uruguay”— que fundara Urquiza y que fuera un foco luminoso en la segunda mitad del siglo XIX y formador de los dirigentes nacionales y de las provincias de la brillante “Generación del Ochenta”. De todas sus obras, era la que Urquiza más apreciaba y a ella le dejó su legado espiritual. Arturo, el joven adolescente, vivió el inter-

nado, intervino en la Asociación "La Fraternidad", creada en 1877, hasta aprobar el 2º año, en que la familia retornó a Buenos Aires y sus padres pudieron otra vez vivir juntos. Lo hicieron en la calle Simbrón 3235, del barrio de Villa del Parque, donde el adolescente fue inscripto en el tercer año del Colegio Mariano Moreno. Allí, sus estudios se regularizaron y comenzó a elevar sus notas, a la vez que se inicia como lector ávido de todo cuanto cae en su mano. Las conversaciones con sus hermanos mayores en el seno de su numerosa familia, varios de ellos en plena carrera universitaria, la frecuentación de bibliotecas, salas de conferencias y un asomo a la vida social, lo hicieron formar rápidamente. Fue el primer alumno de su clase, discípulo de profesores de la talla de José Elio Morgado, Ricardo Levene, Baldomero Fernández Moreno, José María Mesa. Estudia a Kant, se interesa por la filosofía, lee a Comte y a Nietzsche y a los pensadores nacionales como Mariano Moreno, Manuel Belgrano y Juan Bautista Alberdi. Toma posición en los debates sobre teología, ya que su madre era profundamente católica y su padre un librepensador garibaldino.⁴ Finaliza su bachillerato con "Mención honorífica" y, teniendo en cuenta la caída económica de su padre, en las vacaciones se emplea como cadete en una droguería próxima a Corrientes y Maipú. En sus ratos libres juega al fútbol como back en el Club Almagro y defiende a su colegio en el campeonato intercolegial de boxeo, como peso pluma.

En 1927 ingresa en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires. Fue alumno libre, que en sólo tres años hizo toda su carrera con calificaciones sobresalientes por lo que le fue otorgado el Diploma de Honor. Hizo el doctorado en 1932. Estudió a la vez filosofía en la facultad respectiva y adscribe al pensamiento de Kant y de Croce. Ya recibido, siguió frecuentando a los pensadores en la biblioteca de la facultad. Hizo investigaciones sobre el pensamiento del padre Francisco Suárez, así como del padre Mariana, Saavedra Fajardo y Solórzano y Pereira.⁵ En esos días sostiene —con acierto en nuestra opinión—, que cualquier reforma de la Constitución Nacional no mejorará la igualdad social. Dentro del marco de la Carta Magna, son las leyes y una cultura social productiva y ética, lo que mejorará la

vida de la población.

Aquella juventud seguía sin vacilar la enigmática figura de don Hipólito Yrigoyen, el obstinado político que representaba —tal vez sin proponérselo él mismo— la causa mayoritaria de los desposeídos. Su propia vida, austera y simple, aunque de tozudas ideas, era, por ese mismo hecho, un imán para los jóvenes contestatarios. Votó por Yrigoyen en 1928, en su primera emisión del sufragio. Pero después estalló la crisis bursátil de Wall Street, que golpeó prestamente a la Argentina, país de economía abierta, exportadora de materias primas, cuyos precios cayeron a límites ínfimos y produjo una crisis generalizada, agudizada por la incoherencia de la política del presidente, incapaz de sortear los graves acontecimientos externos. Los primeros años de la década del Treinta fueron muy duros. El 6 de septiembre un golpe militar entroniza a un general prestigioso, que supone que ha de solucionar los problemas económicos pero que, salvo el orden jerárquico y administrativo que impone, es tan incapaz de resolver la magnitud de la crisis externa como el presidente precedente, pero, por encima de todo, y a largo plazo, introduce en la historia argentina un funesto antecedente: la ruptura de la continuidad institucional, que se mantenía desde 1862, e inicia una era de prevalencia militar, haciendo de las fuerzas armadas árbitros de la vida civil. El golpe, además, fue inicuo, porque, si bien el presidente Yrigoyen era inepto, por su edad y sus ideas, mantenía en pie a todas las instituciones y no se había cercenado ninguna de las libertades esenciales de la Constitución. Nada lo justificaba y más aún, porque, en los días previos al hecho mismo de la acción militar, ya había renunciado en favor de su vicepresidente, el doctor Enrique Martínez.

Abogado y político

El joven doctor Frondizi y la juventud enrolada en su partido —la Unión Cívica Radical— inició un camino de oposición crítica. El general Uriburu, ungido presidente por decisión propia y de sus seguidores, persiguió a los partidos opositores y dejó cesantes a los profesores desafectos. El 8 de

mayo de 1931 por la tarde, en una manifestación céntrica, la policía lo esposó y lo condujo preso. Fue la primera de las doce prisiones que soportó en su vida. El pedido de hábeas corpus de su hermano, el doctor Silvio Frondizi, le significó a éste, también, otra prisión, por su carácter de abogado defensor. Poco después, en la ceremonia en la que debía recibir el diploma de honor por sus altas calificaciones universitarias, lo rechazó y a tal efecto envió a los diarios una carta en la que decía, entre otras cosas:

"(...) No puedo concurrir a retirar mi diploma de honor de manos de las actuales autoridades, cuando he sido encarcelado bajo la acusación de indeseable dentro de esa misma Universidad, que hoy premia mi dedicación y mi capacidad para el estudio (...)"

El diploma fue retirado recién el 20 de marzo de 1992, cuando el decano, doctor Pigretti, le entregó el documento amarillo de sesenta años de celosa guarda.⁶

Casóse en 1932 con Elena Faggionato, perteneciente a una familia de inmigrantes, también de Gubbio y en 1937 nació Elena, su única hija, fallecida en la primera madurez dejando huérfanos a sus dos pequeños hijos.

El gobierno provisional llamó a elecciones, pero proscribió a los ciudadanos que habían participado en el gobierno de Yrigoyen, lo que obligó al binomio de candidatos radicales Alvear—Güemes (el primero ausente en Europa) a retirar la fórmula. Correspondió, entonces, el triunfo al general de división Agustín P. Justo como presidente, acompañado por el doctor Julio Argentino Roca, como vice, quienes juraron el 20 de febrero de 1932. El 21 de julio de ese año retornó Alvear de Europa y poco después fue electo presidente del partido. Yrigoyen que había sido recluido en la isla Martín García, retornó a su casa de Sarmiento 934, ya muy enfermo y falleció poco después, el 3 de junio de 1933, constituyendo el traslado de sus restos al cementerio de la Recoleta una concentración popular pocas veces vista.

Poco después se produjo la rebelión del coronel Roberto Bosch y otros, en Santa Fe, por lo que fueron encarcelados ciento setenta y seis simpatizantes radicales. Defendidos

por Frondizi, logró la absolución por fallo del juez, doctor Jantus. Esta actividad y su constante prédica pública, escrita y hablada, lo llevaron a ser elegido vicepresidente 1º de la Convención Metropolitana de su partido, en noviembre de 1933. Poco después integró el comité de redacción del semanario "País Libre". En 1935 denunció la concesión irregular de la CHADE (Compañía Hispano Argentina de Electricidad) que lo llevó a romper relaciones con la conducción de la Unión Cívica Radical, vinculada a los actos de corrupción. Frondizi poseía uno de los pocos ejemplares del famoso "Informe Rodríguez Conde", que comentaba el procedimiento doloso en dos tomos y que fuera después secuestrado y destruido por orden de Perón. El 23 de diciembre de 1936, en la Convención Metropolitana de la UCR, que sesionaba en Lavalle 1576, el doctor Frondizi denunció la inmoralidad de lo actuado por los concejales partidarios, pero, pese a este antagonismo, no se interrumpió su amistad personal con Alvear.

En la década del Treinta integró el "Comité Pro Amnistía a Presos Políticos y Exiliados de América", el Comité de la "Liga Argentina por los Derechos del Hombre" y suscribió diversos manifiestos del "Comité contra el Racismo y el Antisemitismo". Fue elegido por sus colegas presidente de la "Asociación de Abogados de Buenos Aires" para el período 1941/42 y reelecto para 1942/43, mientras integraba, además, el consejo directivo del Colegio Libre de Estudios Superiores.

La figura de Frondizi fue adquiriendo relieve en la década del Treinta que, por su unidad temática, se considera que se extiende hasta 1945. Son los años breves y dramáticos del presidente Uriburu, de filiación prusiana, de Justo, presidente proaliado y eficaz gobernante, pero surgido de elecciones cuestionadas por fraude. La juventud radical creó "FORJA" (Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina), que presidía Arturo Jauretche, bajo el pensamiento doctrinario de Luis Delleplane. A su vez, Frondizi formó el 15 de mayo de 1937, el llamado "Movimiento Orientador". En 1938 subió a la presidencia Roberto M. Ortiz, también por medios objetados de fraude, pero una vez en el poder, prometió que en lo sucesivo las elecciones se harían sin pros-

cripciones y sin trampas ni engaños a los ciudadanos. Lamentablemente, en éste y en otros sentidos, en el curso de apenas un año, fallecieron los dirigentes más importantes del país, que dejaron un vacío político evidente. El 3 de julio de 1940, Ortiz, que padecía diabetes y había quedado ciego, transfirió el cargo de presidente a su vice, el doctor Ramón Castillo, catamarqueño, antiguo juez y profesor de derecho comercial de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires. El 23 de marzo de 1942 falleció Alvear, el gran presidente radical, dejando a su partido descabezado y con dos o tres movimientos opositores, uno de ellos en el que Frondizi participaba ya como figura importante; apenas tres meses después falleció el presidente Ortiz (27 de junio de 1942) y seis meses más tarde el ex presidente Justo (11 de enero de 1943) de quien podía esperarse aún mucho de su persona y de su experiencia. Castillo, presidente, propuso en 1943 al candidato conservador Robustiano Patrón Costas, empresario azucarero del Norte, para la renovación presidencial. El 4 de junio de 1943 estalló una revolución militar, impulsada por una logia de oficiales intermedios y jefes superiores de las fuerzas armadas, que concluyeron con las aspiraciones de continuidad constitucional.

Un elemento nuevo había que agregar al acontecer político argentino y éste era la situación internacional, de la que la Argentina era dependiente por muchas razones, pero muy especialmente por su economía abierta. La década del Treinta es, sin duda, en el mundo, la de los totalitarismos o "estados de partido único", procedentes de golpes de estado o de revoluciones populares, copadas por minúsculos grupos de dirigentes radicalizados, algunos de los cuales ya asoman en los años Veinte (Mussolini, Oliveira Salazar) o los más antiguos de ellos: Sun Yat Sen (1911), Lenín (1917) y después, Stalin (1924). El mundo vio surgir en 1933 a Hitler, con una política exclusivista, autocrática, agresiva y patológicamente antihebrea, al rey Boris, a Lázaro Cárdenas, a Gabriel Terra, en el Uruguay, a José Félix Uriburu, a Manuel Vicente Gómez, a Getulio Vargas, a Francisco Franco y a tantos otros en cada una de sus respectivas naciones, con gobiernos que duraron lo que sus propias vidas. La crisis universal desembocó en la guerra Mundial a partir del 3 de

septiembre de 1939. La Argentina sintió rápidamente sus efectos, sobre todo porque sus exportaciones estaban constituidas por productos alimentarios —carne vacuna y cereales— de gran volumen y escaso valor unitario, que requería transportes navales en razón de la ubicación geográfica de nuestro país, excéntrico de los mercados consumidores. El peligro de hundimiento de dichos transportes obligó al presidente Castillo a adquirir los barcos mercantes surtos en el puerto de Buenos Aires en espera de su carga para atravesar el peligroso Océano Atlántico. Con su compra, creó la Flota Mercante Nacional, de bandera neutral.

La propia sociedad argentina se dividió en sus preferencias sobre la guerra, por razones ajenas al conflicto en sí mismo. Un sector de la población se hizo progermano, simplemente por su antipatía hacia Inglaterra, cuya propaganda adversa hacían los ideólogos —muchos de ellos con fines interesados— agitando la bandera de las Islas Malvinas irredentas, o de las excesivas tarifas del transporte ferroviario, o de la creación de la Corporación de Transportes Colectivos de la ciudad de Buenos Aires, que constituía una evidente competencia al sistema tranviario de la ciudad, constituido por la Anglo Argentine Tramways, situación que se había legalizado en el Acuerdo Roca—Runciman, de 1933. Eran pretextos que no se comprendieron en su momento pero que fueron suficientes argumentos para envenenar un ambiente de gran claridad en el verdadero fondo de la cuestión: el mundo estaba en guerra entre dos claras ideologías, la de los países totalitarios e imperialistas que imponían un único sistema de vida, contra las democracias, que, pese a sus errores, significaban aún una forma de vida en libertad.

La revolución de 1943 se lleva a cabo cuando la guerra ya lleva cuatro años y sus campos y acciones están bien delimitados. Castillo no comprendió esa realidad y prefirió mantenerse tan neutral como lo hiciera Hipólito Yrigoyen en el curso de la Primera Gran Guerra que, por otra parte, no hizo sino seguir la orientación de su gran antecesor, el doctor Victorino de la Plaza. No se comprendió que aquella contienda era simplemente interimperial y que entre ambas mediaba una gran distancia de pensamiento. Los militares que se hicieron cargo del poder pudieron rectificar esa posi-

ción pero no lo hicieron porque, a diferencia de Castillo, que era neutral sin distinguos y de buena fe, los nuevos dueños del poder eran directamente progermanos, lo que trajo graves consecuencias, como se verá más adelante. La muerte de las tres grandes figuras proaliadas y democráticas dentro del contexto de sus vidas, esto es, Alvear, Ortiz y Justo, despejaron el camino para soldados que habían pasado parte de sus vidas en las escuelas de formación militar germana y sentían admiración por Alemania, por su concepto de orden y eficiencia. Y vaya a título de referencia, que Uriburu, que había permanecido varios años en dicha nación, hablaba en correcto alemán y los diarios bromeaban con su figura llamándolo "Von Pepe".

La distorsionada idea externa de que el pensamiento de una pequeña clase dirigente encaramada en el poder era "toda la Argentina", costó al país el desarrollo de una generación entera, puesta en la lista negra de la inversión de capitales, en el comercio internacional y en la transferencia de tecnología.

Por supuesto, el joven doctor Frondizi, defensor de pobres y de correligionarios, enfrentó bien pronto a estos nuevos elencos integrantes del poder. El 16 de septiembre de 1944 fue preso —una vez más— en Rosario y trasladado a Buenos Aires, por defender a la Liga de los Derechos del Hombre y liberado un par de meses después. No era la primera vez, como hemos dicho, ni sería la última.

Comprendió que la Unión Cívica Radical debía actualizar su pensamiento con los nuevos tiempos y renovar a sus viejos dirigentes que hacían culto de Yrigoyen, el carismático líder que había vivido una problemática política y económica diferente, de un tiempo que ya no existía.

A su vez, las injusticias sociales eran una realidad, en tanto un país que crecía no tenía una distribución más equitativa. La revolución militar fue copada por uno de sus miembros, el coronel Juan Domingo Perón, que ocupó el cargo en la Secretaría de Trabajo y Previsión, organismo hasta entonces burocrático y eminentemente jurídico. La Argentina había sancionado durante la presidencia de Justo varias e importantes leyes sociales, a instancia de los diputados y legisladores socialistas, que habían integrado la fuerza polí-

tica con el presidente, denominada "Concordancia", pero esas leyes no se cumplían o se desconocían. Le compitió al nuevo secretario —el entonces coronel Perón— el mérito, sencillo pero invaluable por su gran transcendencia, de hacer cumplir estrictamente esas leyes que eran de obligatorio cumplimiento, desde la jornada laboral limitada a ocho horas, la ley de la silla, el sábado inglés, la indemnización por despido, las vacaciones obligatorias, el descanso en horas de trabajo, la indemnización por accidentes laborales y tantas otras. Esta situación lo obligó a estar en contacto con los dirigentes sindicales, hasta entonces mal tratados, considerados por las autoridades como cuasi delincuentes. Este acercamiento y su carisma personal, su atractivo y su familiaridad en el trato, innato de su personalidad, lo hicieron popular, mucho más que los sesudos juristas que crearon y sancionaron esas disposiciones, aunque animados del mayor espíritu de grandeza moral. Como resultado, se hizo político, o bien ya lo pretendía anticipadamente, y encontró en ese camino la vía expedita para lograr sus propósitos.

Diputado y parlamentario

La Unión Cívica Radical se había dividido entre unionistas —partidarios de una coalición de partidos democráticos, en cuyo caso el voto del partido quedaría sumado pero diluido entre otras agrupaciones que pugnaban por las democracias occidentales—, y la intransigencia, que conducían Moisés Lebensohn y Arturo Frondizi, que procuraban, a su vez, tener un perfil propio. En abril de 1945 —seis meses antes del manifiesto peronista— los intransigentes se reunieron en Avellaneda —provincia de Buenos Aires y, en aquellos tiempos, centro de industrias y de barriadas humildes de obreros industriales— donde expusieron sus ideas, emitieron su Profesión de Fe Doctrinaria y concluyeron con la "Declaración de Avellaneda", verdadera orientación programática e ideológica del nuevo grupo que nacía, y que llamaron Movimiento de Intransigencia y Renovación. Sus banderas van a ser enarboladas durante una década. Era una posición cuasi socialista en muchos aspectos, no hala-

gaba a las masas electorales, pero procuraba el bienestar general con más realismo y menos distribuicionismo que el peronismo, que en esos días agitaba las banderas de justicia social, por el secretario de Trabajo y Previsión. Exigían libertades ciudadanas y la derogación del Estado de Sitio, sancionado con motivo de la Revolución y luego, con el pretexto de los graves acontecimientos internacionales.

La publicidad que hacía el coronel Perón era, por otro lado, el resultado espontáneo de los delegados de fábrica, que veían en el coronel a un amigo de buen tratamiento, cordial (por primera vez en tantos años!), que ganaba de inmediato las simpatías y las adhesiones de todos sus interlocutores.

Alarmados los mandos militares por el crecimiento de la figura del coronel, unos por desconfianza, otros por intereses y los más porque lo suponían enrolado en el ámbito nacionalista antibritánico, decidieron suprimirlo de la escena pública con su destitución y prisión en Martín García, pero pudo ser repuesto por la fuerza espontánea de los trabajadores, conducidos por líderes sindicales que, en aquellos momentos, no los movía otra cosa que un sencillito idealismo. Esa manifestación se llevó a cabo el 17 de octubre de 1945 y puede ser contrapuesta con la Carta de Avellaneda del radicalismo pero con mucho mayor calor popular, sencillito y genuino. Perón volvía. Nació un mito y el folklore de la fecha. Y sin embargo ese día, sin saberlo y tal vez sin proponerlo, cambió el rumbo de la historia argentina.

Pocos días después, la población adscripta a las democracias occidentales hicieron otra manifestación multitudinaria. El 14 de octubre la UCR aceptó integrar el grupo de partidos de la Unión Democrática con los socialistas, conservadores y comunistas para presentar la fórmula Tamborini — Mosca, como candidatos a presidente y vice. El partido Laborista —que respondía a Perón— presentó la fórmula coronel Juan Domingo Perón-Hortensio J. Quijano, éste último, antiguo radical desprendido del viejo tronco, disidente con la política oficial del ex partido mayoritario argentino. Perón fue electo presidente por el 50% de los votos. El peronismo había capitalizado el decreto-ley N° 33302 de aguinaldo, que era un sobresueldo íntegro de un mes co-

rriente, lo que, en años de moneda estable, tenía un enorme valor de compra, impensado antes. Asimismo se apoyó en la ley de rebaja del 20% de los alquileres, todo ello a cuarenta días de las elecciones. Fue favorecido por la actividad groseramente intervencionista del ex embajador americano, Spruille Braden, cuyas opiniones públicas contra Perón, no hicieron más que agravar los hechos contra los partidarios, que él mismo pretendía defender con tan poco tino.

Arturo Frondizi fue candidato a diputado nacional por la Capital Federal y salió electo. Fue uno de los más votados. Tenía 37 años y sería uno de los destacados miembros de aquellos cuarenta y cuatro diputados que enfrentaron con argumentos irrefutables muchas de las leyes obtenidas por el aplastante número de representantes del partido gobernante, que decidían con su disciplinado voto, el apoyo irrestricto de los proyectos presentados. Levantó su voz una y otra vez, y bien pronto ganó el respeto de sus colegas de todas las bancadas. Su palabra no tenía ironía ni mala fe, pero en cambio le sobraba contundente información. No faltó jamás a las sesiones de la Cámara y su lista de actuaciones llega a quinientos veintidós, entre proyectos de ley, pedidos de informes, despachos de comisión, mociones y debates.⁸ Intervino en el plan siderúrgico esbozado por el general Savio y en obras de infraestructura básica, como represas y regadío. Su participación en el debate sobre Salto Grande fue relevante, propugnó la nacionalización de la CHADE. Extendió ese criterio a los teléfonos (Unión Telefónica) y a la industria del petróleo. Como este insumo básico es indispensable para todo el programa de industrialización que propugnaba, justamente, el peronismo, Frondizi planteó la necesidad del autoabastecimiento, a cuyo fin proponía hacer de YPF una compañía integrada desde la exploración y explotación de crudo hasta todos los procesos de destilación y distribución.

En 1948 criticó la política agraria oficial sobre "Arrendamientos y aparcerías rurales" porque sostenía que los contratos vencidos y renovados por imposición legal al mismo precio implicaban una desvalorización, puesto que el arrendatario ya no se ocuparía de la tierra y su acción sería inocua. Por otra parte, la tenencia precaria de la tierra cuando no es

de propiedad del que la trabaja, no es aprovechada ni se le invierten capitales que no mejorarán la productividad y probablemente obligue al nuevo arrendatario a comenzar desde la base, desechando toda la obra de sus antecesores.

Frondizi se mostró nacionalista durante su vida de político, legislador y escritor y su palabra hablada y escrita influyó en la sociedad.

En las sesiones de la Cámara de Diputados del 29 y 30 de agosto de 1946 se opuso a que la Argentina ratificara el Acta de Chapultepec, el acuerdo celebrado en México al término de la guerra apoyado por la totalidad de las naciones independientes del continente, salvo por la Argentina. Esta posición significaba una clara oposición a la política norteamericana y su voz ratificaba las opiniones de otros representantes de ambos partidos mayoritarios: el peronismo en función de gobierno y el radicalismo como fuerza de principal oposición. Dijo:

"No estoy de acuerdo en que la Argentina renuncie al derecho de resolver acerca de la justicia de una guerra para intervenir en ella o no; no estoy de acuerdo en que se creen obligaciones internacionales de tipo automático exclusivamente sobre la base de una invasión a una nación americana (...) No estoy de acuerdo (en) ratificar en el futuro los acuerdos de Bretton Woods, que establecerán un gran centro mundial para controlar nuestro desarrollo industrial y nuestro porvenir económico (...)"⁹

Era, sin duda una posición decididamente aislacionista del mundo, a la que el movimiento que había llevado a Perón al poder tenía ya responsabilidades de gobierno y la naturaleza manifiestamente contestataria de la oposición, basada en una ideología que ya había creado una contracultura en el pensamiento argentino, comenzaba a ceder frente a las realidades de los hechos, en aquella postguerra en la que los Estados Unidos habían emergido como verdadera superpotencia, y contra quien, cualquier oposición innecesaria, sólo podía conducir —y de hecho condujo—, a un aislamiento agravado. Durante el gobierno de Castillo y, más aún, durante el interludio militar (1943/46), las actitudes naciona-

listas, que no comprendían los cambios existentes y sus consecuencias, en especial en el campo financiero, hicieron de la política exterior un campo de experimentación de teoría política, arrogándose la representación de la sociedad argentina. Se esperaba que la oposición democrática los condujera por caminos diferentes, mas ello no ocurrió. Se suponía que, con el pretexto del consumismo, el acreedor ejercía presión sobre el deudor; se aducía la enorme diferencia de potencial y tantos otros elementos y casos, traducidos a veces en inversiones abusivas y en empresas defendidas por sus estados. Se terminó por mimetizar las ideas internacionales de gobierno y oposición, hasta ubicar a unos y otros en los puntos opuestos en que se encontraban en 1945. O similares. Cada cual vociferaba con mayor énfasis sobre lo que se llamaba "el imperialismo yanqui".

Cuando Frondizi rechaza la ratificación de la firma de los Acuerdos de Bretton Woods, en realidad está avizorando lo que efectivamente ocurrió más tarde con las naciones que participaron en todo el globo terráqueo: un mundo dependiente financieramente del patrón dólar. Sin embargo se impone una pregunta: ¿podía la Argentina mantener al margen su comercio y seguidamente pedir menor presión financiera, y además, soportar un indeseable aislamiento con los restantes países? Frondizi, por lo tanto, hizo gala una vez más de sus desarrolladas facultades intelectuales. De haber seguido su política, el colapso financiero se hubiera producido de inmediato, porque los Pactos de Bretton Woods sellaron las realidades del mundo moderno del que aún no hemos salido, con excepción de la paridad fija de 35 dólares la onza troy y la calidad de las reservas internacionales convenidas en el mundo actual.

El dirigente de partido.

Sus ideas sobre política exterior

Desde el comienzo de su mandato —y aún antes— Frondizi planteó sus ideas, cuya sutil interpretación puede hacerse hoy después de transcurrido el tiempo necesario para meditar su obra en conjunto, siempre y cuando el historia-

dor tenga esa íntima superación intelectual de ubicarse en la época y "vivir en ella", como lo expresa Toynbee reiteradamente, para poder juzgar los hechos dentro de un contexto general, de un ambiente propio de la época, y con su propio "esprit d'époc", como necesaria redundancia. Y ese contexto, esa circunstancia orteguiana, es indispensable comprenderla en su totalidad si no se desean cometer graves errores de interpretación. El marco general de su política, de la que no pudo desprenderse, es el condicionamiento de su cargo, la limitación de su mandato, el retaceo de la colaboración, la bifurcación entre el "poder legal" que ejercía, y el "poder real" que pasaba por otros meridianos: las fuerzas armadas, que se consideraban verdaderas depositarias de las decisiones, con capacidad no sólo para juzgar al gobierno civil, sino para ordenar rectificaciones cuando éste no se ajustaba a su concepción; las fuerzas sindicales, esa poderosa herencia peronista que permanecía intacta como fuerza y que se consideraba propietaria de la elección del presidente, por haberlo votado de acuerdo a un pacto firmado con el peronismo y la consecuente orden de apoyarlo en las urnas presuntamente dispuesta por el general Perón, entonces exiliado en Madrid y, finalmente, una poderosa ala de su propio partido, la Unión Cívica Radical del Pueblo, conducida por el doctor Ricardo Balbín, que se sentía defraudada por la escisión producida por Frondizi y sus allegados y que, como suele ocurrir con los heterodoxos, mantuvo una cerrada oposición en el Congreso y trabó gran parte de sus iniciativas y proyectos de leyes. En ese conjunto de dificultades mayúsculas, Frondizi emergía solitario, acompañado por un grupo mínimo de amigos y de una juventud que le fue fiel. Un sector del país estaba con él. Huelga decir que tanto en las fuerzas armadas como en los sindicatos y en los partidos políticos que se le oponían en conjunto, había sectores que disentían con los que disentían, es decir, que apoyaban algunas medidas y rechazaban otras. En la medida que el tiempo fue transcurriendo —y particularmente desde la llegada del ingeniero Alsogaray a la integración de su gabinete como figura rutilante—, el panorama se fue esclareciendo y representando en dos polos diferentes: un sector apoyó al presidente y a su obra, en especial cuando comenzaron a verse sus primeros

frutos, y otro sector se fue oponiendo de manera total, de tal forma que el presidente fue "la cumbre que divide las aguas", según expresara un periodista de la época. Se estaba "con Frondizi" o "contra Frondizi". Lentamente, sin embargo, el pueblo comenzó a apoyarlo con mayor claridad y calor, pero los grupos opositores, con mucha mayor capacidad para el ejercicio del poder —tenencia y uso del armamento de las fuerzas armadas, tenencia y uso de los resortes legales en los sindicatos para presionar huelgas salvajes, con atropellos y desmanes, tenencia y uso de cargos claves en la política y en los partidos, tal como la oposición parlamentaria, las declaraciones periodísticas explosivas y petardistas— hicieron que esas minorías que, como dijimos, ostentaban el verdadero poder, lo usaran, sin importar los sentimientos generales, ni el lamentable porvenir que le esperaba al país ni la consecuente pobreza y frustración a que se arrastraba a un pueblo, que ya había sufrido diez años de estancamiento por una política nacionalista de puertas cerradas, y dos años de ejercicio militar, sin credibilidad externa y debilidad social por carencia de sustento popular.

La persona de Frondizi estuvo, entonces, ligada a su propia obra. Fue ella la que lo catapultó a una mayoría de seguidores que vieron frustrados sus propósitos. Sin embargo, en su propia época no fueron comprendidas sus medidas de gobierno, lo que no era fácil de interpretar por razones muy simples de comprender antes y ahora: para poder continuar en el ejercicio de su cargo, íntimamente consustanciado con su plan de gobierno al que quiso desarrollar con la convicción de que, una vez hecho, los beneficios hablarían por sí mismos y serían su propia garantía de éxito político; para poder, en fin, desarrollar su propio programa de desarrollo y de asimilación del peronismo, constituido por millones de ciudadanos de escasos medios y baja cultura en general, que se sintieron legítimamente atraídos por la personalidad cautivante de Perón, política que Frondizi llamaba "Integración"; en síntesis, para lograr esos objetivos de cumplimiento de ese ambicioso plan de desarrollo y de integración, como principal objetivo, se vio obligado a hacer concesiones complejas, que fueron vistas en sus días como contradictorias —(y en efecto, en muchos casos lo eran)—, para poder contempo-

rizar con unos, ceder a otros, en fin, admitir situaciones no deseadas. Visto a la distancia, se agranda la personalidad de aquel presidente —muy lejos de hacer una hagiografía— porque supo timonear en las tempestades en aras del bien común, traducido en un programa de desarrollo e integración, el primero para mejorar los niveles de vida de la población y engrandecer la patria como entidad, y el otro para sacar de la marginación política a millones de ciudadanos que aún querían, admiraban y soñaban con el retorno de un líder político que vivía en el exilio y que un día, por cálculo o por verdaderos sentimientos de afecto, los había tratado con criterios de igualdad, en un lenguaje asequible e inteligible para todos. Había sido aquel exiliado el primero que los había llamado “compañeros”, sin saco ni protocolos, desde los balcones de la Casa de Gobierno.

Pocas veces en la historia se dio el caso de un presidente tan jaqueado como Frondizi. Tal vez Sarmiento, carente de partido político propio, presidente con los votos prestados por el Autonomismo de Alsina, y sin mayoría en el Congreso, pudo comparársele como circunstancia. Pero la época era diferente y la figura tozuda, desconsiderada, —bárbaro en su afán civilizador, como dijo Groussac—, genial y realizadora de Sarmiento, también era diferente.

En política exterior —dentro del marco descripto— Frondizi tendió a la amistad irrestricta con las naciones vecinas, lo que era muy importante, porque permitía el incremento del comercio, y particularmente porque evitaba el costoso armamentismo, que había sido y siguió siendo después, tradicionalmente, el fruto de la mutua desconfianza. El comercio con los países vecinos no había sido demasiado importante dentro del conglomerado de las operaciones internacionales, pero en varios casos significó la exportación de productos argentinos con mano de obra agregada, que hubieran sido imposibles de colocar en mercados más exigentes.

Sin embargo, el nudo de la política exterior tenía dos polos muy claros: los Estados Unidos y los países de Europa Occidental. En ambos lados era necesario superar el aislamiento en que la Argentina se había inmerso por razones políticas y económicas contra su voluntad, pero por causas

que le eran directamente imputables, como su conducta antinorteamericana —y directamente antinorteamericana, desde los lejanos días de la Conferencia de Quitandinha en 1942, con varios gobiernos de diferente signo en el largo período, pero coincidente en esa perniciosa posición— como por su pretendida autarquía industrialista y protectora, con altos aranceles de importación y estancamiento exportador. Ese aislamiento se había extendido a Europa también, pero todas las naciones, unidas ahora por tratados, pactos, mercados comunitarios y principios incipientes de globalización, como los sistemas multilaterales de pago, a lo que debemos agregar el deseo de no contradecir a las grandes potencias por temor a represalias, negativas de inversión y tantos otros elementos de presión, hicieron causa común, traducido en frías relaciones formales, con escaso volumen de comercio, reducido en la mayor parte de los casos a negociaciones bilaterales a través del IAPI¹⁰, y a una escasa relación cultural. A la Argentina no llegaban inversiones de riesgo, los servicios públicos obsolescían, las divisas del Banco Central eran prácticamente nulas, el turismo era mínimo y, en fin, aquella nación que supo recibir a las primeras figuras de la tierra en el orden de la política, la cultura y la ciencia, ahora era soslayada, marginada u olvidada.

Superar el aislamiento de los grandes centros de poder, era otro de los objetivos de Frondizi y se abocó, entonces, a esos dos propósitos, dentro del marco de la política general que él mismo señalara. Sabía, además, que los frutos de estas esperanzas eran lentos y se recogen a través del tiempo, cuando la paciencia de los que ya venían sufriendo las consecuencias de aquellas políticas, habían sido saturadas, lo que ocurría entre grandes masas de la población expectante, aquellos que, sin ser protagonistas de la historia, por la misma naturaleza de los gobiernos y de la gobernabilidad, la sufren pasivamente, a veces hasta consumir todo el tiempo de sus vidas.

Notas

¹ Menotti, Emilia Edda: "Arturo Frondizi, una biografía". Ed. Planeta, Buenos Aires, 1998, pp. 12/16.

² *Ibídem*, p. 17.

³ *Ibídem*, p. 21.

⁴ *Ibídem*, p. 29.

⁵ *Ibídem*, p. 35.

⁶ *Ibídem*, p. 45.

⁷ Cresto, Juan José: "Historia mundial económica y política de la Década del Treinta". Ed. Macchi, Buenos Aires, 1981, p. 170 y ss.

⁸ Menotti, Emilia, op. cit. p. 87.

⁹ *Ibídem*, pp. 90/91.

¹⁰ IAPI: Instituto Argentino de Promoción del Intercambio, era el organismo monopólico del Comercio Exterior que estaba obligado a recibir y entregar divisas. Reemplazó con manifiesta desventaja en cuanto a eficiencia, al sector exportador e importador privado. Fue creado con el objeto de que las utilidades del comercio internacional fueran del Estado.



USAL
UNIVERSIDAD
DEL SALVADOR